



Benjamín E. Mayer

“Perdurabilidad de la historia en Jacques Derrida”

p. 59-67

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

PERDURABILIDAD DE LA HISTORIA EN JACQUES DERRIDA

BENJAMÍN E. MAYER
Universidad Anáhuac

El momento para efectuar un balance general, como el que este congreso nos convoca a ensayar en torno al quehacer historiográfico de la segunda mitad del siglo xx, es también una oportunidad para preguntarse por lo que no ha sucedido. Y cuando uno se ocupa de la cuestión de la historia en la obra de Jacques Derrida surge muy pronto la interrogante relativa a uno de estos no sucesos: ¿cómo es que el impacto del pensamiento de Derrida en el campo de la historia permanece prácticamente nulo después de treinta años cuando, independientemente de nuestro acuerdo o desacuerdo con sus planteamientos, dicho pensamiento ha resultado fecundo en campos tales como las letras, la filosofía, la sociología y el psicoanálisis?¹ ¿Cuál es la historia de esta no historia del impacto de Derrida en el campo de la historia?

Al echar un vistazo a algunos de los artículos que conforman el improbable debate respecto de la deconstrucción y la historia, hasta donde aquél ha tenido lugar (mis fuentes corresponden principalmente al medio académico angloparlante),² surge la impresión de que el motivo dominante de esta no historia es el desencuentro entre, al menos, dos modalidades de no lectura. Los historiadores (expertos, se entiende, en la lectura de documentos históricos) han sido incapaces de leer a Derrida, y los partidarios de la deconstrucción (seguidores, se entiende, de quien es en lo fundamental un extraordinario lector) se han mostrado incapaces de asumir seriamente las preocupaciones de los historiadores, ineptitud que podemos entender asimismo como una incapacidad de lectura.

¹ Para obtener una idea de la amplitud de los campos donde se registra un impacto del pensamiento derridiano, véase, por ejemplo, William R. Schultz y Lewis L. B. Fried, *Jacques Derrida. An Annotated Primary and Secondary Bibliography*, Nueva York y Londres, Garland Publishing, 1992. *Garland Bibliographies of Modern Critics and Critical Schools*, v., 18. *Garland Reference Library of the Humanities*, v. 1319.

² Para tener una impresión del panorama reciente en Estados Unidos véase, por ejemplo, Saul Cornell, "Splitting the Difference: Textualism, Contextualism and Post-Modern History", en *American Studies*, University of Kansas, v. 36, Spring 1995, p. 57-80. Para el caso inglés (1983), véase Geoffrey Bennington, "Demanding History", en *Legislations. The Politics of Deconstruction*, Londres y Nueva York, Verso, 1994.

Así, entre los historiadores ha arraigado la idea de que la deconstrucción no hace más que “disolver” la historia,³ como puede apreciarse en el siguiente pasaje escrito recientemente por la destacada historiadora norteamericana Gabrielle Spiegel:

Quando se examina el clima crítico actual desde la posición ventajosa de un historiador, la impresión que se apodera de uno es la de una disolución de la historia, de una huida de la “realidad” hacia el lenguaje [...] Tal y como la desarrollaron la semiótica y la deconstrucción, la investigación de Saussure [...] ha tenido consecuencias desastrosas para la comprensión histórica tanto de la textualidad como de la historia, por cuanto que disoció el lenguaje de cualquier conexión intrínseca con sus referentes externos.⁴

Y, por lo que toca a los partidarios de la deconstrucción, más allá de las aclaraciones que exige un pasaje como el anterior (por ejemplo, que la deconstrucción no es ni un lingüisticismo, ni un saussureanismo, ni tampoco siquiera un textualismo,⁵ que la supuesta “posición ventajosa” del historiador y la noción de “comprensión histórica” resultan, por decir lo menos, cuestionables), tales partidarios no se han ocupado de dar cuenta en forma consistente y satisfactoria de las razones por las que retorna eternamente la

³ Tal preocupación, claro, no es sólo de los historiadores, pues esta problemática está inscrita dentro de la interrogación filosófica más amplia del “fin de la historia”. Para hacer referencia a un trabajo reciente, Javier Sádaba, en “¿El fin de la historia? La crítica de la posmodernidad al concepto de historia como metarrelato” (incluido en Reyes Mate [ed.], *Filosofía de la historia, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, n. 5, Madrid, Trotta, 1993), afirma que el estar “poseído por una idea absoluta de razón” es “uno de los fallos del posmoderno” (p. 205) y, frente a la “reducción” de la historia al “mito” y la “desaparición” de la historia “como concepto” (p. 193), Sádaba replica simplemente que “de lo que no es historia no sabemos nada” (p. 205). Aunque este artículo (que apenas hace mención de Derrida) es generoso en su amplitud y toca aspectos fundamentales de tal interrogación filosófica, me parece que no aprecia con suficiencia la envergadura de la problemática que le atañe. Por ejemplo, ante la noción incómoda de la historia como “un metarrelato más” (p. 194), limitarse a contestar que “el posmoderno también usa de alguna forma metarrelatos [...] En caso contrario se callaría”, parece infantil; y no basta tampoco entablar una “defensa” del metarrelato a partir de la noción de que el “dar razones en los respectivos niveles de la argumentación” es uno de los “impulsos humanos” que ya Adorno aconsejaba no reprimir en prevención de una “agresividad [...] en la vida social” (p. 204). Lo único que tales razonamientos ponen en evidencia es la necesidad de una dilucidación consistente de las condiciones de posibilidad del metarrelato y de su posible perdurabilidad.

⁴ Este pasaje forma parte del trabajo “Historia, historicismo y lógica social del texto en la Edad Media”, recientemente incluido en el interesante volumen editado por Françoise Perus, *Historia y literatura*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1994, p. 124.

⁵ Escribe Geoff Bennington: “Nada más común que escuchar descripciones de la deconstrucción como dependiente de ‘una extensión del paradigma lingüístico’. ‘No hay nada fuera del texto’ [Derrida]: lo comprueba, obviamente. [...] Todo el mundo sabe que esto no es exactamente así. ‘Texto’ no es exactamente una extensión de un concepto familiar, sino su desplazamiento o reinscripción. Texto en general es cualquier sistema de marcas, trazas, remisiones (no digas referencia, ten un poco más de sentido). La percepción es un texto.” Cfr. “Deconstruction is not what you think”, en Andreas Papadakis, Catherine Cooke y Andrew Benjamin, *Deconstruction. Omnibus Volume*, Nueva York-Londres, Rizzoli/Academy Editions, 1989, p. 84.

historia en su vinculación con las cuestiones de la verdad y de lo real, eterno retorno que quizá pudiera considerarse también como causa de la propia ilegibilidad del proyecto derridiano para tantos y tan inteligentes lectores.

Claro, el recuento de esta no historia del impacto de Derrida entre los historiadores rebasa con mucho las posibilidades de este trabajo. Sin embargo, sí quisiera sugerir lo que me parece constituiría la temática de fondo en dicha no historia: la idea de que tal incapacidad lectora mostrada por ambas partes no es meramente contingente sino necesaria como aquello que hace historia de toda historia, en el doble sentido de que constituye la propia historicidad o posibilidad esencial de lo histórico y, al mismo tiempo, arruina de antemano (en el mismo sentido en que puede decirse del devenir que “arruina”) toda historia y todo posible intento historiográfico de su comprensión. Así, la historia resultaría sistemática e irreductiblemente tan imposible como necesaria, afirmación que no sólo nos puede ayudar a dar cuenta de la confusión hoy reinante en el debate en torno a historia y deconstrucción, sino que, asimismo, se contrapone por igual a la renuencia entre los historiadores a aceptar la imposibilidad estructural de la historia, tal como la constatan los estudiosos de la deconstrucción, y al rechazo de esos estudiosos a pensar la también estructural necesidad de la historia según se traduce en las preocupaciones de los historiadores. Intentaré, pues, dar cuenta en términos deconstructivos de la necesidad de la historia, no obstante —o quizá en virtud de— su imposibilidad, contraponiendo al espectro de su “disolución” la idea de lo que puede llamarse su “perdurabilidad” (de ahí el título de esta ponencia).⁶

Comienzo definiendo la deconstrucción con un vocabulario que no resultará del todo ajeno al del historiador: la deconstrucción es la insistencia en que ningún presente puede jamás coincidir plenamente consigo mismo, es decir, estar plenamente presente en sí.⁷ ¿En qué se funda tal insistencia? Para ponerlo en términos del ya mencionado Saussure, tal insistencia se funda en la constatación de que toda posibilidad de significación es inaugurada por un sistema de diferencias en el que “cada elemento llamado ‘presente’, cada elemento que aparece en la escena de la presencia, se relaciona con otra cosa [...] [constituyéndose así] lo que se llama el presente por esta misma relación con lo que no es”.⁸ Así, la no coincidencia de todo elemento presente consigo

⁶ Este intento se sostiene en dos trabajos anteriores míos que me permito citar: “La metafísica: permanentemente a ser excedida, permanentemente a perdurar”, en *Analogía Filosófica*, año 9, n. 2 julio-diciembre de 1995, México, p. 97-116, y “Eisenstein: the Sound of the Image, the Colour of Black and White”, en: Monica Dall’Asta, y Guglielmo Pescatore, eds., *Fotogenia. Storie e teorie del cinema*, n. 1, Bologna, Cooperativa Libreria Universitaria Editrice Bologna, 1994, p. 331-337.

⁷ Tomo esta definición de Bennington, *op. cit.*, 1994 (cfr. arriba, n. 2): “deconstruction, in so far as it insists on the necessary non-coincidence of the present with itself, is in fact in some senses the most historical of discourses imaginable”, p. 63.

⁸ Jacques Derrida, “La différance”, en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 48.

mismo resulta una característica irreductible de tal sistema de diferencias donde todo elemento debe estar en constante relación con otros y donde, por tanto, cualquier coincidencia plena de cualquier presente consigo mismo no conllevaría sino su propia e inmediata imposibilidad. Ahora bien, tal no coincidencia consigo mismo de todo presente no puede sujetarse, a su vez, a los confines de un mismo presente temporal, ya que tal presente no puede tampoco, y por las mismas razones, coincidir plenamente consigo mismo. De ahí el tiempo como “ese *siempre* de la no coincidencia, pero también el *siempre* de la *relación*”⁹ que fractura todo presente. No sorprende entonces que el propio Saussure reconozca tal necesidad, por ejemplo, cuando afirma que tal sistema de diferencias que es posibilidad de la significación está, a su vez, fundado en la “ley de la tradición”,¹⁰ ley que lo regula y lo orienta. Sin temporalidad no habría tradición, y sin tradición no habría significación posible.

Así, la no coincidencia de todo presente consigo mismo no es sino condición *sine qua non* de la posibilidad de significación. Y tal insistencia hace de la deconstrucción quizá el más histórico de los discursos (diría incluso *historicista* de no ser porque esta propia insistencia en la no coincidencia de todo presente supone también el desbordamiento de todo historicismo en tanto tal); esto es, si consideramos la noción de “no coincidencia del presente consigo mismo” como otra manera de referirse al devenir, el más clásico objeto de la historia. Así las cosas, y a pesar de la tradicional y exclusiva identificación de lo histórico con lo diacrónico, en estos términos a la historia le compete, en igual medida, el devenir diacrónico de un presente a otro como el sincrónico devenir otro de un presente.

Y, ciertamente, desde este punto de vista la insistencia deconstructiva en la no coincidencia del presente consigo mismo aparece tan bien fundada que resulta incluso tautológica: lo extraño no es ya la necesidad del devenir sobre la que se insiste, sino la necesidad de la propia insistencia. Esto es, si todo presente es en verdad constitutivamente histórico, ¿por qué entonces hace falta pregonar su historicidad?, ¿si lo histórico lo es tan verdaderamente, por qué es necesario reiterarlo?: es ésta la pregunta por la perdurabilidad de la historia.

Si me he limitado hasta aquí a una mera descripción de la deconstrucción, procedo ahora a considerar la cuestión de la historia y lo histórico desde la perspectiva de la deconstrucción así entendida. De entrada notamos que considerar la historia a partir de tal afirmación de la historicidad de lo histórico

⁹ Emmanuel Levinas, *El tiempo y el otro*, trad. José Luis Pardo Torío, intr. Félix Duque, Barcelona, Ediciones Paidós, 1993, p. 70

¹⁰ Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, publicado por Charles Bally y Albert Sechehaye con la colaboración de Albert Riedlinger, trad. y notas de Mauro Armijo, México, Fontamara, 1992.

no puede más que producir las perturbaciones propias de cualquier movimiento de autorreferencia, es decir, por un lado la generación de más de lo mismo, así como, por otro, el arruinamiento que resulta de la exposición de aquello que se autorrefiere a aquello otro que le es más ajeno. Así pues, la consideración deconstructiva de la historia reinscribe a la historia como afirmación de la historicidad de lo histórico y, a la vez, destaca el semblante de ahistoricidad que por necesidad se presenta allí precisamente donde se lleva a cabo tal afirmación. A su paso por el tamiz de la deconstrucción, lo histórico se revela entonces como no coincidente consigo mismo, como dividido en lo que por ahora me limitaré a describir como dos subámbitos que llamaré “historia” e “historicidad”¹¹ (los equívocos a los que puede prestarse aquí el uso del término “historia” para nombrar uno de los subámbitos de lo histórico servirán para recordarnos que todo aquello que puede manifestarse en la historia y de ella, en el sentido común del término —el acontecer *real*, y la narración y el estudio de dicho acontecer—, corresponde al subámbito aquí llamado también “historia”). En el subámbito de la historia estaría implicado todo intento por comprender la historicidad, el cual no puede más que estar orientado por el semblante ahistórico de la presencia plena, y, por su parte, el ámbito de la historicidad contemplaría la pura no coincidencia que simultáneamente posibilita y arruina de antemano todo intento de su comprensión por parte de la historia.

Internémonos en cada ámbito. La historicidad, el movimiento puro de no coincidencia, representa la posibilidad misma no sólo de la historia sino de lo histórico en su conjunto, porque sin tal movimiento no habría ninguna clase de significación (histórica) posible. Y, sin embargo, esta posibilidad que es la historicidad representa también, en función de su plena capacidad para fracturar, la imposibilidad estricta de la historia y de lo histórico, por lo que la historicidad efectivamente implica la disolución, tan temida por Spiegel, de la historia, una disolución tan radical que no habría posibilidad siquiera de algo, así como la historia antes de su disolución por y en la historicidad (pues tal posibilidad primigenia de la historia sería la posibilidad de la plena coincidencia, que sería su absoluta imposibilidad). La historicidad, pues, es cabalmente el desastre tan lamentado por Spiegel: disolución de toda comprensión histórica, de todo texto, de toda “posición ventajosa” para el historiador; ruina de todo *-ismo* en la historia y en la historiografía (razón por la cual, aunque lo fuera, la deconstrucción no podría constituir un simple lingüisticismo, saussureanismo o textualismo); desbordamiento de toda verdad y de toda realidad...

¹¹ “Historia” e “historicidad” son términos utilizados por el propio Derrida en “Fuerza y significación”, ensayo de cuya lectura se ha nutrido parcialmente la presente reflexión (cfr. Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, trad. Patricio Peñalver, Barcelona, Anthropos, 1989).

¿De dónde, entonces, la historia? ¿De dónde, si la historicidad, posibilidad misma de la significación, contempla tan radicalmente su ruina? ¿Por qué no puede la propia historicidad (ámbito de la posibilidad e imposibilidad de toda posibilidad) ser el *único* ámbito, saturar lo histórico? La historia implica todo lo que resulta más ajeno a la historicidad, todo lo que aparece en el semblante de la plena coincidencia. Si la historicidad efectivamente disuelve la historia (en el sentido común del término), el subámbito de la historia constata, por el contrario, su perdurabilidad (en el diccionario “perdurabilidad” aparece como antónimo de “tiempo”).¹² Sostén y garante de la presencia en sí misma de toda comprensión, de todo texto, de toda posible “posición ventajosa” del historiador, de todo posible *-ismo* en la historia y la historiografía, de toda verdad y toda realidad, de toda totalidad: esto es la historia.

Y es justamente porque la historia agrupa todo aquello que permanece más ajeno a la historicidad que le resulta indispensable: la historicidad, en tanto ámbito de la no coincidencia, no puede, por definición, coincidir plenamente consigo, y es precisamente en el abismo de esta no coincidencia donde la historicidad se abre necesariamente a la historia como su otro, produciéndola. El pregón ahistórico de la historicidad de lo histórico que es la historia es sólo el arruinamiento necesario de la historicidad en su autorreferencia. La tautología que es este pregón histórico se abre así a la paradoja de su ahistoricidad, ahistoricidad que la hace en primer lugar posible.

Por ello puede decirse efectivamente que la historia es tan imposible como necesaria, que perdura en el seno mismo de la historicidad en virtud de su estricta imposibilidad.

Tenemos así, entonces, que historicidad e historia no pueden considerarse como *dos* ámbitos únicos y autónomos en una relación de simple paralelismo u oposición: la fractura mutua que los constituye es múltiple e indeterminable, e igualmente múltiples e indeterminables son, por tanto, los ámbitos de la historia y la historicidad producidos. Tales ámbitos están siempre e irreductiblemente implicados como la revelación escandalosa de la esencial no coincidencia del *otro* ámbito, y cualquier instancia perteneciente a cualquiera no puede manifestarse más que por vía de la mediación del otro. La pura historicidad no puede nunca ser realmente pura y sólo puede aparecer en términos prestados a la historia: por eso no hay posibilidad alguna de un acceso directo e inmediato a la propia historicidad (que de todas maneras se revelaría exclusivamente como la radical nada del arruinamiento puro de sí misma) fuera de la mediación de alguna grafía histórica de índole siempre peculiar, independientemente de que ésta sea historiográfica, científica, mitológica o

¹² Andrés, Santamaría, *Diccionario de sinónimos antónimos e ideas afines*, México, Sopena, 1978.

de cualquiera otra clase. Así, la historicidad no puede aparecer más que en el semblante de la plena coincidencia de la presencia como totalización, comprensión, comunicación. Sin embargo, inversamente, y por la misma razón, todo en y de la historia no puede ser sino ruina de antemano, al ser desbordado por la historicidad siempre y por todos lados. La no coincidencia que facilita a la historia su propio origen tiene como consecuencia que ésta no pueda ser nunca más que *historias*, en plural, sin posibilidad de unificación en una definitiva y plenamente coincidente Historia (con H mayúscula), y ello por encima del dominio momentáneo y aparente de ciertas historias o grafías históricas (aunque el deseo de tal dominio no pueda, tampoco, y por la misma razón, dejar de perdurar). Ni una fecha,¹³ ni un archivo,¹⁴ ni una firma,¹⁵ ni un contexto¹⁶ pueden jamás aparecer desvinculados de su arruinamiento. Todo movimiento, todo movimiento en y de la historia y la historiografía, es necesariamente producto, pues, de una alternancia entre ambos ámbitos integrantes de lo histórico, pues tal alternancia es resultado de la no coincidencia de lo histórico en conjunto consigo mismo (historicidad e historia no pueden jamás cohabitar un único presente temporal). Y dicha alternancia es por necesidad radicalmente irregular e impredecible a causa de la imposibilidad de que el patrón que la rige esté, a su vez, plenamente presente en sí mismo.

Ahora bien, enfatizo que, bajo el signo de su origen en la historicidad, los semblantes de presencia que integran la historia no pueden ser más que eso, *semblantes*, ya que de otra manera tal presencia sería simple imposibilidad. Ello explica que algo así como la historicidad sea, en primer lugar, pensable, ya que los semblantes de presencia que aparecen en el ámbito de la historia dejan entrever, en su desgarramiento, y de vez en vez, aquello que no puede jamás aparecer en sí, hacerse presente.

Y si aquello mismo que es lo más estable en esta compleja dinámica de lo histórico no es más que semblante, falsa estabilidad, entonces sólo podemos concluir que la dinámica de lo histórico es inestable toda ella y permanentemente. Pero ¿inestable en relación con qué? Inestable en relación con lo otro de lo histórico global, otro que resulta tan irrepresentable o más que la pura historicidad constitutiva de lo histórico: la simple, pura y efectiva presencia plena. Ésta es el otro desestabilizante que nos brinda la razón más formidable para afirmar la perdurabilidad de la historia (y de la deconstrucción), pues la labor de la historia se presenta desde esta perspectiva como la labor de pregonar la historicidad de lo histórico no sólo frente a los semblantes de la

¹³ Cfr. Jacques Derrida, "Shibboleth", en Geoffrey H. Hartman y Sanford Budick, *Midrash and Literature*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1986.

¹⁴ Cfr. Jacques Derrida, *Mal d'archive*, Paris, Galilée, 1995.

¹⁵ Cfr. Jacques Derrida, *Limited Inc.*, Evanston, Northwestern University Press, 1990.

¹⁶ *Ibid.*

presencia tal como aparecen desgarrados en el ámbito de la historia sino, más radicalmente, frente a estos mismos semblantes cuando, en su obligada emulación de la presencia plena que constituye el exterior de lo histórico en su conjunto, tales semblantes dejan de aparecer como *semblantes* para presentarse ni más ni menos que como presencias *efectivas*. Esto, que quizá constituya el evento más notable dentro del ámbito de lo histórico, es asimismo *necesidad* en función de su papel constituyente de dicho ámbito. De ahí que la demanda de insistir en la historicidad de lo histórico sea una demanda tan permanente como trascendental (en el sentido de “importante” tanto como en el de “ahistórica”), con todas las implicaciones éticas y políticas que ello pueda tener dentro de lo histórico (considérese simplemente que toda ética y toda política no pueden más que apelar al semblante de una última presencia); de ahí también que una era posthistórica o una condición postdeconstructiva resulte tan absolutamente imposible.

(Tal insistencia, claro, en la no coincidencia de lo presente no puede nunca mantenerse al parejo o a la altura de la ahistoricidad que la convoca, puesto que si tal demanda es generada desde lo ahistórico mismo, tal insistencia en la historicidad que es respuesta a tal demanda no puede, en cambio, más que permanecer sujeta a la ruina que es lo histórico: suele ser verdad que, ni siquiera cuando son efectivamente transmitidas y entendidas, son aprendidas las “lecciones de la historia”).

La propia dinámica de lo histórico así entendida imposibilita, claro, cualquier anticipación certera de las formas particulares que adoptarán los semblantes de presencia en el ámbito de la historia; ello en virtud de la radical irregularidad de tal dinámica (aunque contemos ya con elementos suficientes para analizar por qué perdura el semblante de tal predecibilidad de lo histórico). Lo que es más posible, aunque no sin los riesgos que conlleva el mismo sello (histórico) de origen, es la ilustración de tal dinámica a través de la observación de algunas de sus manifestaciones acaecidas.

Y es aquí donde evoco de nuevo la no historia del impacto de Derrida en la historia, de la que quizá podemos aprender que toda historia no es sino una no historia, porque la propia posibilidad del devenir es la no coincidencia (con las consecuencias que ello seguramente tiene en el caso de la ahora sospechosa fecundidad de la deconstrucción en otros campos). Si en este improbable debate en torno a la historia y la deconstrucción los historiadores han argumentado hasta ahora en nombre de la historia, y los llamados “deconstruccionistas” (como les dicen sus detractores) lo han hecho en nombre de la historicidad, no será demasiado difícil caracterizar, de acuerdo con lo expuesto, la dinámica general de este teatro de la no lectura. Vemos al historiador afirmar ciertos semblantes de presencia —la “realidad”, la “comprensión”, el “referente”— como presencias efectivas, calculando defender así a la historia; pero se le escapa que, haciendo eso, no logra sino exponerse

más a los azotes de su propio oficio, que es el de afirmar la imposibilidad de la coincidencia de tales presencias consigo mismas, por más efectivas que aparezcan: al hacérselo ver, el deconstruccionista puede ufanarse de seguir un razonamiento más histórico que el del propio historiador. Pero vemos también al confiado deconstruccionista no escuchar con suficiente detenimiento las preocupaciones del historiador: se le escapa así que su propio razonamiento no puede más que estar parcialmente regido por el deseo de una tal “realidad”, “comprensión” o “referente”, si es que va a evitar traicionarse absolutamente al erigir la pura no coincidencia en el más invisible de todos los semblantes de presencia; al señalar esto al deconstruccionista, el historiador puede congratularse por la renovada pertinencia de su antiguo arte. Sin embargo, lo que permanece ilegible para ambos es la propia necesidad de la ilegibilidad, que es aquello mismo que los convoca y los confunde: el historiador no lee al creer aún en la posibilidad de la absoluta legibilidad, y el deconstruccionista no lee al olvidarse compulsivamente de que la forma recurrente que cobra tal necesidad de ilegibilidad es el semblante de la capacidad (plena) para leer. La no coincidencia constitutiva de estas dos modalidades de no lectura está, pues, en el origen tanto de la posibilidad como de la ruina de esta no historia, origen que no es sino uno solo en su no coincidencia.

Y si este simulacro que ofrezco aquí de coincidencia entre razones filosóficas *de jure* y condiciones históricas *de facto*, a propósito del debate al que me he referido, resulta inaceptable desde el punto de vista del historiador por no aparecer más que como una vulgar trascendentalización o ahistorización de lo que no puede más que ser histórico, a estas alturas se entenderá por qué no podría yo más que coincidir con esta objeción. Sin embargo, conforme a lo expuesto, nada de y en la historia ni la historiografía, es más, nada que tenga lugar históricamente (esto es, *nada*), puede aspirar a una disociación definitiva de ésta o alguna otra modalidad o impulso de trascendentalización.

De faltar otras, ésta sería razón suficiente para considerar como imprescindible un diálogo entre historia y filosofía, por más que resulte a fin de cuentas un no diálogo, o precisamente en virtud de ello. La historia está siempre y de antemano implicada en la ahistoricidad de lo trascendental, implicación que no es sino la posibilidad de su propia perdurabilidad, tan ruinosa como necesaria.

